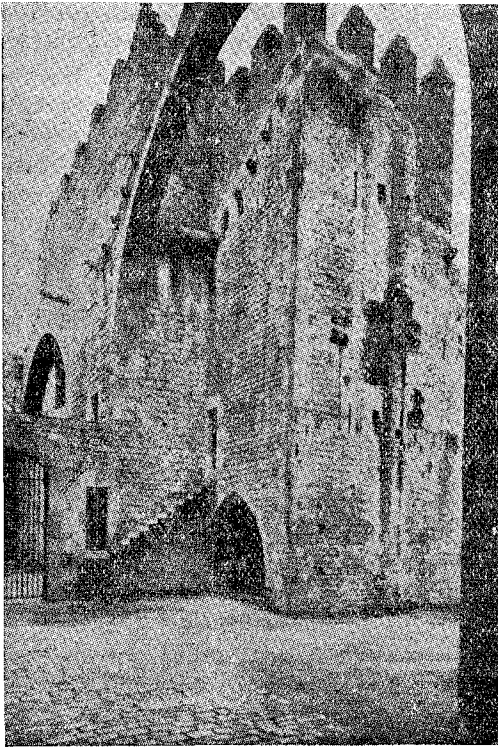


TURISTAS DEL PASADO



Los que se han forjado la idea de que el turismo y sus prácticas son algo nuevo, saldrán pronto de su error si vuelven la vista al pasado y examinan como a título de distracción y recreo se viajaba hace mucho más de cien años. D. Eduardo Aunós, en una evocación del vivir romántico que embellece su magnífico libro «Viaje a París», nos demuestra que es infundado creer que los hombres de la actual generación han inventado algo básico acerca de dicho aspecto

de la vida; que, por contra, los románticos sabían perfectamente aprovecharse de todos los medios de transporte de que podían valerse para practicar el veraneo e incluso los viajes de placer y a larga distancia; y que, así, lo que hemos hecho nosotros no ha sido otra cosa que imitar e ir perfeccionando paulatinamente cuanto se hallaba establecido en días ya muy lejanos.

Quimérico empeño sería tratar de describir aquí los múltiples aspectos que el mundo ofrecía ciento cincuenta años atrás. El lujo predominante en los balnearios, en los establecimientos termales, en las playas de moda; el despilfarro enseñoreándose muchas veces de las que fueron célebres hosterías y de los asilos de la época de los calores, en tiempos del postillón y de la diligencia, cuando era preciso tanto tiempo para superar las distancias, no se quedarían en zaga al paralelarlos con los que lleva consigo el actual afán de viajar.

No hablemos de los que pasaban los inviernos en vetustos palacios y que recorrían durante el estío sus posesiones, tras haber ido a reposar, según su costumbre, en alguna playa elegante. Vamos a fijarnos brevemente en el aspecto más serio del turismo que imperaba siglo y medio atrás, refiriéndonos, en particular, sin apartarnos de la realidad del caso, a unos viajeros, artistas, o literatos, o aún a los medianamente cultos pero estudiosos y capaces de estimar toda la valía de los monumentos históricos que en aquel entonces no habían alcanzado la resonante celebridad de que hoy día blasonan.

Trasladémosnos, pues, con la imaginación, al momento en que un carruaje, cubierto de polvo, se detiene a su llegada a la capital catalana en el Portal de Sant Antoni para cumplir las formalidades de entrada, en los albores del 1800. Vienen en aquel coche tres apuestos mancebos con ansia de conocer y estudiar el arte románico de tanto arraigo en Cataluña y que engendró a la introducción del arco ojival y de la aguja gótica, constituyendo una escuela tan propia como ejemplar.

Llegan nuestros turistas al mesón de la Fontana de Oro, de la calle dels Escudellers, paradero del carruaje, y, tras el tiempo empleado en el aseo de sus cuerpos fatigados, salen para recorrer la ciudad con la curiosidad de ver cuanto de notable encierra. Son cincuenta y dos los templos que existen en ella, de los cuales pertenecen al orden románico: San Pablo del Campo, preciada joya

EL CINE DESDE LA CALLE

Una de las cosas más difíciles es hallar el justo medio de las cosas

Hay momento en la vida en que uno ya no sabe como mejor tomarse las cosas. La seriedad, siempre necesaria, debe a veces dejar paso al buen humor, ya que ciertos oídos, sordos por naturaleza, no entienden de otra cosa que no sea lo que uno, ya escarmentado, les dirige valiéndose de la efectividad del contraste.

A ello vamos. Los que nos gusta el cine, que como en los demás sitios del globo debemos ser el ochenta por ciento del censo espectador, vulgo respetable, pedimos como es lógico muchas cosas. De una parte y en su aspecto más ideal pedimos, por ejemplo, que los guiones sean por lo menos aceptables, que los asuntos sean lo menos gangsters posibles y que

sus protagonistas, más feos o menos guapos, nos den algo más, y por ende muchísimo menos, de lo que suele otorgarnos esa escuela de cinemascopeadas que monroen el mundo.

Eso, por lo que respecta a las firmas productoras. Ya que a los empresarios o agentes de recaudación que cobran del público el más popular de los impuestos, a esos les pediríamos una más razonable prudencia sobre la loca carrera de agrandar el tamaño de las pantallas, visto el costo de la tela que en taquilla se nos cobra a tanto el metro cuadrado.

De verdad, empero, y con ser mucho, con todo transigimos, con tal de que no nos manden a dormir sobre las dos de la madrugada.

¿Es que, realmente, podemos pedir menos?

atribuida al siglo X; San Pedro de las Puellas, también del siglo X; Santa Lucía, del siglo XI; Santa Ana, colegiata prioral del siglo XII, con adiciones del primer período gótico, en la que celebró Cortés Fernando el Católico; y San Miguel, con portada plateresca construida posteriormente.

Constituye el número de iglesias góticas: La Catedral donde pueden admirarse, como en los siglos XIV y XV, los suntuosos arcos y claves, los frisos y demás filigranas; San Antonio Abad, Santa María de las Junqueras, Santa María del Mar, Santa Agueda, Las Magdalenas, Montesión, San Jaime; la de los Santos Justo y Pastor; ésta última del siglo XIV; y la de Santa María del Pino, consagrada en el siglo XV.

Cuéntales a aquellos turistas un erudito y complaciente guía que la iglesia de los Santos Justo y Pastor gozaba en tiempos antiguos de singulares privilegios. Así, por ejemplo, cuando algún caballero era provocado a desafío, el ofendido y el ofensor entraban en dicho templo para prestar juramento de que pelearían con armas legales. Por otro lado, cuando un piloto, mercader, o pasajero fallecía a bordo de una embarcación, la última voluntad hecha en presencia del escribano de la nave, debía ser presentada al cura de la referida parroquia dentro del plazo de seis meses, y éste último extendía un documento de tanta fuerza y valor como si reuniese todos los requisitos de cualquier ley, fuero o estatuto de otras tierras. Este privilegio se otorgó más tarde a los militares en donde fuese que fallecieran, a condición de que los testigos se presentasen dentro de idéntico plazo ante dicho cura y en el altar de San Félix.

No consienten los límites del presente bosquejo entrar en otros pormenores acerca de la actividad turística de otros tiempos, pero es evidente que los que en número mucho más considerable nos visitan siguen casi todos la trayectoria de aquellos. Verdad es que desde aquel entonces fueron derribados algunos monumentos de la antigüedad, pero mucho queda, aparte de lo que va descubriéndose de más remotas épocas, y, pese al modernismo de las grandes avenidas y a las improvisaciones, una gran parte del turismo de hoy parece identificarse en los afanes de los grandes señores que viajaron pausadamente, nutriéndose, como ellos, en el sentido de lo bello y de lo armónico, en busca de un mundo de paz.

J. Soler Cazeaux